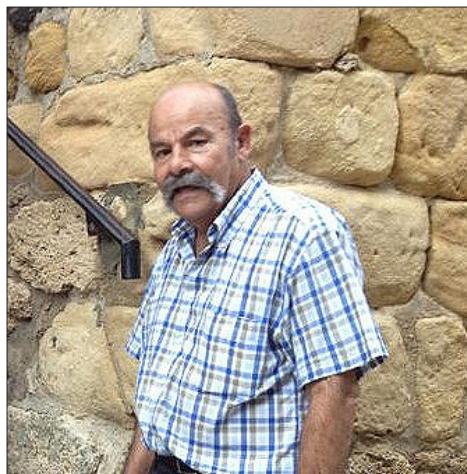


SANTOS MADRAZO Y EL MEJOR OFICIO DEL MUNDO

(1944-2025)
In Memoriam



Mauro Hernández¹

DOI: <https://doi.org//10.5944/etfiv.38.2025.45754>

Santos Madrazo solía decir que éste —el de historiador y profesor— era el mejor oficio del mundo. Lo vivió, sin duda, como si lo fuera.

Madrazo murió el cinco de junio pasado, con ochenta y un años.

Santos era un gran historiador: en los tiempos que corren, suele entenderse que eso significa que era un investigador sobresaliente, y lo fue. Pero antes que eso era un magnífico profesor. A muchos de sus estudiantes de la Autónoma de Madrid les quedó grabado el paso por aquella *Introducción a la historia* de primero de carrera. En las clases de la que fue su asignatura durante años, Madrazo ejercía de baluarte contra el desaliento del primer contacto con la facultad. Las lecciones de Santos eran deslumbrantes, enseñaban una historia viva, cargada de personajes conocidos o anónimos que conectaba con las inquietudes de buena parte de su alumnado. Era capaz de dedicar una clase a un ficticio general de la revolución francesa para poner a prueba nuestra credulidad y desengatillar nuestro espíritu crítico. Muchos —centenares, en aquella «edad dorada» de clases masificadas— recuerdan cómo esa forma de concebir esta disciplina alumbró en su cabeza una visión nueva, en

1. Equipo Madrid. Historia Económica, Universidad Nacional de Educación a Distancia.
mhernandez@cee.uned.es. ORCID: <https://orcid.org/0000-0001-9574-3111>



la que la historia se podía pensar. Entraba siempre al aula con un maletón cargado de libros (y un pitillo encendido): los iba sacando —los libros, y los pitillos— en el curso de la clase, los circulaba, para que se viera de dónde salía todo aquello que presentaba y también para alimentar la curiosidad. Exigía que leyéramos algunos de esos libros, pero sobre todo sembraba las ganas de leer otros muchos. Santos era un profesor apasionante porque ponía en las lecciones toda su pasión por la historia, que era mucha.

También fue un gran director de tesis. Hasta doce aparecen en su currículo, sin contar algunas que quedaron en el camino. Nunca escatimó tiempo a los doctorandos. Empezaba por acompañarlos en las primeras visitas al archivo, el lugar por donde para Madrazo pasaba inexcusablemente cualquier investigación. Devolvía los borradores cargados de anotaciones y correcciones, sugerencias de lectura, preguntas pertinentes y expresiones de ánimo. No le importaba echar horas en el despacho comentando resultados y ayudando a despejar obstáculos de la investigación, discutiendo ideas o revisando esquemas. Algunos de los temas le quedaban más cerca que otros, pero todas esas tesis llevan la impronta de su director. Del maestro que fue Santos para todos nosotros.

Como investigador, Madrazo destacó por su rigor y su respeto por las fuentes. Nunca escribía pegado al documento, pero tampoco se despegaba de él en la indagación. Le importaba que sus temas fueran relevantes, y su trabajo de años sobre la historia de Madrid nació de la convicción de que la buena investigación no dependía del asunto o del ámbito, sino de la calidad del análisis. De estos planteamientos, y de su amor por la geografía, nació su tesis doctoral, que se tradujo en una obra de referencia como es aún hoy *El sistema de comunicaciones en España, 1750-1850* (1984), un libro que no solo reconstruía minuciosamente una red viaria en el momento de su despegue, sino que se preocupaba de los tráficos que discurrían por ella. A esos movimientos dedicó el que quizás sea su mejor texto, *La edad de oro de las diligencias: Madrid y el tráfico de viajeros en España antes del ferrocarril* (1991), donde desarrolla la tesis —no siempre bien atendida por los historiadores económicos— de que la demanda de transporte precedió y alimentó la construcción del ferrocarril, y no al revés. Que ese libro no haya tenido la fortuna que merece quizás se deba a que, junto a un sólido texto, incluía una cuidada selección de imágenes y mapas que enriquecían la lectura. Paradojas de una disciplina que a veces quiere aparentar seriedad más que practicarla. Ese mismo año, la dedicación a la historia de Madrid y a la formación de un nutrido grupo de investigadores (entonces) jóvenes dio como fruto *Madrid, Atlas histórico de la ciudad siglos IX-XIX* (1991), codirigido por Virgilio Pinto. La obra fue el broche de oro de las labores del llamado Equipo Madrid de la UAM, y contenía una cartografía original, basada en fuentes inéditas y análisis sectoriales que siguen siendo relevantes. Entre medias, la intensa dedicación a gestionar ese equipo, en una época en que no eran tan habituales, dio otros frutos. El más notorio fue *Carlos III, Madrid y la Ilustración* (1988), un texto colectivo escrito desde la expresa voluntad de poner en solfa los mimbres hagiográficos de un bicentenario alimentado más por el patrocinio del Estado que por la ambición historiográfica. *Estado débil y ladrones poderosos en la España del siglo XVIII: historia de un peculado en el reinado de Felipe V* (2000) dejó testimonio de su concepción de

la investigación, que combinaba el rigor en la explotación de las fuentes, la voluntad de conectar con las preocupaciones de la actualidad, una permanente mirada crítica y ciertas dosis de irreverencia a las que nunca renunció. Por desgracia, Santos no llegó a completar la obra en la que llevaba años trabajando: una historia crítica del bandolerismo en España para la que acopió documentos y referencias bibliográficas que recogió en muchos centenares de fichas. Este proyecto quedó reflejado en varios artículos y colaboraciones jugosas que alimentaban —engañándola— el hambre por ese texto largo que prometía desde hacía mucho tiempo.

Estas líneas no hacen justicia a su trayectoria. Tampoco a su personalidad irreverente, inquieta, crítica, curiosa, alegre y sobre todo enormemente generosa. Sin caer en dogmatismos, se mantuvo siempre cercano a sus planteamientos marxistas, aun cuando dejaron de estar en boga. La obligación moral y política de un historiador, para Santos, era estar con el débil, allá donde dominara un fuerte.

Si el sentido de esta vida es dejar huella —y seguramente no lo es— Santos la dejó honda y duradera en muchos de sus estudiantes, colegas, discípulos y amigos. Desde luego, el vacío que deja es más doloroso para quienes más cerca de él vivieron: Angelines, sus hijos Rodrigo y Gonzalo, sus cuñadas, sus nueras, sus nietos. Pero no está de más recordar que ese vacío —la huella— es al final tan grande como la vida que lo llenó. Una vida rica en enseñanzas, experiencias, afectos y amistades.

También en el oficio que practicó, vivió y disfrutó. El mejor oficio del mundo.

